

La vida en el mundo que vivimos es una experiencia maravillosa, una vida que nos ofrece tantas posibilidades de crecimiento personal. En un mundo tan cambiante y tan lleno de desafíos, es importante tener una actitud positiva y una mente abierta. La vida es un viaje, y cada día nos ofrece nuevas oportunidades de aprender y crecer. Debemos aprovechar cada momento y vivirlo al máximo. La vida es preciosa y debemos cuidarla como si fuera el tesoro más valioso que tenemos. Cada día es una oportunidad para ser mejores personas y para hacer el bien. La vida es un regalo y debemos agradecerlo siempre.

Además, es importante tener una actitud positiva y una mente abierta. La vida es un viaje, y cada día nos ofrece nuevas oportunidades de aprender y crecer. Debemos aprovechar cada momento y vivirlo al máximo. La vida es preciosa y debemos cuidarla como si fuera el tesoro más valioso que tenemos. Cada día es una oportunidad para ser mejores personas y para hacer el bien. La vida es un regalo y debemos agradecerlo siempre.

En un mundo tan cambiante y tan lleno de desafíos, es importante tener una actitud positiva y una mente abierta. La vida es un viaje, y cada día nos ofrece nuevas oportunidades de aprender y crecer. Debemos aprovechar cada momento y vivirlo al máximo. La vida es preciosa y debemos cuidarla como si fuera el tesoro más valioso que tenemos. Cada día es una oportunidad para ser mejores personas y para hacer el bien. La vida es un regalo y debemos agradecerlo siempre.

La vida es un viaje, y cada día nos ofrece nuevas oportunidades de aprender y crecer. Debemos aprovechar cada momento y vivirlo al máximo. La vida es preciosa y debemos cuidarla como si fuera el tesoro más valioso que tenemos. Cada día es una oportunidad para ser mejores personas y para hacer el bien. La vida es un regalo y debemos agradecerlo siempre.

EXPERIENCIAS Y FRUTOS

La vida es un viaje, y cada día nos ofrece nuevas oportunidades de aprender y crecer. Debemos aprovechar cada momento y vivirlo al máximo. La vida es preciosa y debemos cuidarla como si fuera el tesoro más valioso que tenemos. Cada día es una oportunidad para ser mejores personas y para hacer el bien. La vida es un regalo y debemos agradecerlo siempre.

La vida es un viaje, y cada día nos ofrece nuevas oportunidades de aprender y crecer. Debemos aprovechar cada momento y vivirlo al máximo. La vida es preciosa y debemos cuidarla como si fuera el tesoro más valioso que tenemos. Cada día es una oportunidad para ser mejores personas y para hacer el bien. La vida es un regalo y debemos agradecerlo siempre.

CUADERNOS MONASTICOS invitó a los monjes y monjas de Latino-América a colaborar en este número, participando su experiencia personal de la lectio y la oración. Las variadas respuestas recibidas forman esta Sección. Todas tienen el valor de lo vivido que se quiere compartir en caridad para agradecer así el don inestimable de la vida monástica.

La reflexión sobre nuestra vida espiritual, específicamente nuestra vida de oración, pone inmediatamente de manifiesto ciertos textos de la Sagrada Escritura o de otros escritos que han influido profundamente en nuestra formación espiritual. Para mí un texto de este tipo procede de la conclusión del Prólogo de la Regla de San Benito: "mientras hay tiempo aún y moramos en este cuerpo y nos es dado cumplir todas estas cosas a la luz de esta vida, corramos y practiquemos ahora lo que no conviene para la eternidad".

Aquí san Benito me está diciendo (aunque tal vez no es el significado literal del texto original), "mientras hay tiempo aún y moramos en este cuerpo . . . corramos y practiquemos ahora *lo que haremos por toda la eternidad*".

¿Y qué haremos, si Dios quiere, por toda la eternidad? En su discurso después de la Última Cena nuestro Señor dijo a sus discípulos: "La vida eterna es: conocerte a ti, Padre, Único Dios verdadero, y al que enviaste, Jesucristo." (Jn 17:3). Conocerte a ti, Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo; verte "cara a cara" (I Cor 13:12); amarte con un amor sin límites y sin fin; alabarte con la alabanza perpetua del coro celestial; llenarse de la alegría de tu presencia continua y poseída. "Me saciarás de gozo en tu presencia, de alegría perpetua a tu derecha" (Salmo 15); "Su corazón se llenará de alegría y nadie podrá quitarles esa alegría." (Jn 16:22)

Tal será nuestra vida feliz y nuestra actividad por toda la eternidad, aunque ahora en esta vida se ve sólo obscuramente por medio de la fe y se describe analógicamente por medio de figuras. Pero de todos modos ¿cómo podemos apresurarnos a hacer ahora lo que haremos por toda la eternidad? Por la oración. La oración es nuestro medio de anticipar aquí en la tierra lo que haremos en el cielo, aunque, por supuesto, podemos hacerlo, como dice san Pablo, con conocimiento parcial y viendo "como en un mal espejo y en forma confusa." (I Cor 13:12). Sólo en el cielo conoceremos y experimentaremos el verdadero significado de "contemplación" —en la visión beatífica—. Sin embargo, aquí en la tierra con la luz de la fe y con la gracia y las inspiraciones del Espíritu Santo, deseamos anticipar la vida de contemplación celestial, en modo, por cierto, muy limitado y débil, en nuestra oración.

Por mi parte, siempre he encontrado en las Palabras de san Benito (según la interpretación antes indicada) una ayuda poderosa para prepararme mejor para el Oficio Divino, y he usado estas palabras muchas veces en conferencias dadas a los novicios y otros miembros de la comunidad monástica: "apresurémonos ahora a hacer lo que esperamos hacer en el cielo."

En el capítulo 19 de su Regla, san Benito empieza su breve instrucción sobre la manera de rezar el Oficio Divino con las palabras: "Creemos que Dios está en todas partes, y que los ojos del Señor observan en todo lugar a buenos y malos, pero sobre todo debemos creerlo sin la menor vacilación cuando asistimos al Oficio Divino", y concluye así: "consideremos, pues, de qué manera hemos de asistir ante la presencia de la Divinidad y de sus ángeles, y estemos en la salmodia de tal modo que nuestra mente concuerde con nuestros labios."

Como se sabe bien, el Abad Columba Marmion, en sus conferencias sobre la vida monástica publicadas en su libro "Jesucristo, Ideal del Monje", ha desarrollado bella y profundamente los pensamientos de san Benito. La lectura repetida y la reflexión

meditativa de los dos capítulos (13 y 14) de dicho libro, que tratan del Oficio Divino, me han ayudado mucho, como a muchas otras personas. "Creemos". El Oficio Divino, rezado especialmente en coro por la comunidad, es la expresión visible de nuestra fe. El Oficio Divino es para nosotros "la Obra de Dios" por excelencia y es la imagen en la tierra de la "Obra de Dios" en el cielo, porque, cuando asistimos al Oficio Divino, creemos que estamos rezando como miembros de Cristo, continuando en la tierra la alabanza que Cristo mismo ofreció a su Padre celestial durante su vida mortal, y estamos participando en el Cántico eterno del Verbo Divino, en que todos los ángeles y los santos se congregan en un canto perpetuo de alabanza, adoración y amor al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo. Por esta razón anticipamos en un modo muy especial en el Oficio Divino lo que haremos en el cielo por toda la eternidad, y los textos tan apropiados de la Regla nos ayudan a prepararnos bien para realizar esta "Obra de Dios" y nos estimulan a rezarlo, como san Benito mismo nos exhorta, "sabiamente", "con temor", "con reverencia", —"digne, attente ac devote", como en días pasados solían rezar todos antes de comenzar el Oficio Divino.

Si creemos que Dios está presente cuando rezamos el Oficio Divino, cuánto más profundamente creemos que está presente durante la celebración eucarística, el "Sacramento de nuestra fe" por excelencia. Como sacerdote debo tornarme más y más consciente del alto privilegio que tengo, sin ningún mérito de mi parte, de ofrecer al Padre celestial el único sacrificio digno de El, en unión con su Hijo Eterno, nuestro "Sumo Sacerdote, a la derecha del Dios de Majestad en los cielos." (Heb 8:1).

En el capítulo 14 de su libro "Jesucristo Ideal del Monje" el abad Marmion escribió: "Siendo, por otra parte, Dios el autor principal de nuestra santidad, nuestro cotidiano contacto con El, por medio de la alabanza divina, es para nosotros un principio inagotable de unión y santidad." En la larga tradición de la espiritualidad benedictina, los Salmos, las lecturas de la Sagrada Escritura, y otras partes del Oficio Divino, siempre han sido una fuente inagotable de oración, meditación, contemplación, no solamente durante las horas de la recitación de la "Obra de Dios", sino más bien durante el resto del día, especialmente durante el tiempo dedicado específicamente a la oración personal. ¡Qué bellamente ha interpretado y expresado el salmista nuestro deseo, nuestra hambre y sed de unión con Dios! "Como busca la cierva corrientes de agua, así mi alma te busca a ti, Dios mío; tiene sed de Dios, del Dios vivo: ¿cuándo entraré a ver el rostro de Dios?" (S 41).

Entendemos muy bien que sólo en el cielo vamos a "ver ese rostro de Dios" en el sentido completo de esta figura, pero también en la tierra "mientras hay tiempo aún y moramos en este cuerpo" deseamos "ver el rostro de Dios" en cuanto es posible, estar en su presencia, unirnos con El, conversar con El como el hijo con su Padre, como el amigo con su amigo, como Henoc que "anduvo con Dios", (Gen 5:24), como Abraham que escuchó las palabras: "Yo soy el Dios todopoderoso, anda en mi presencia y trata de ser perfecto" (Gen 17:1), como Moisés con quien "Dios hablaba, cara a cara, como habla un hombre con su amigo (Ex 33:11), como el salmista quien expresó su deseo de Dios con figuras tan vivas de la hambre y sed de su alma por Dios, como los apóstoles, después de ver a Jesús conversando tan íntimamente en oración con su Padre celestial, imploraron al Maestro: "Señor, enséñanos a orar." (Lc 11:1). La oración es el hambre del "Pan de la Vida", la sed del "Agua viva", el deseo de estar continuamente en la presencia de Dios, de andar y conversar con El y escuchar sus palabras vivificantes, como los dos discípulos camino de Emaús,

y sentir como ellos en nuestro corazón el fuego del amor divino: "¿No sentíamos arder nuestro corazón cuando nos hablaba en el camino y nos explicaba las Escrituras?" (Lc 24:32).

*Gerardo Benkert, o.s.b. * Sololá - Guatemala*

* El P. Gerardo Benkert, abad durante 23 años de la Abadía de Marmion, Aurora, Illinois, EE.UU., se ha retirado desde 1969 al Priorato de San José, Sololá, Guatemala, dependiente de aquella abadía, donde dedica su vida a la oración, la enseñanza y el trabajo pastoral.